

EUGENIO HERMOSO, MEDALLA DE HONOR DE LA EXPOSICION NACIONAL

Y

A está Eugenio Hermoso en posesión de la Medalla de Honor de la Nacional. Es, como se sabe, la más alta distinción que un artista puede recibir, como consagración pública, en las competiciones oficiales de España. Por lo mismo, no es de extrañar el clima de apasionamientos que precede y sigue a su otorgamiento. Pero...

Pero no se podrá negar, en este caso, que Eugenio Hermoso la obtiene con toda justicia, tras una larga vida jalonada de victorias.

Porque Eugenio Hermoso no es ni un improvisado, ni un arribista, ni un indocumentado.

Ya es hora de proclamar a todos los vientos de la razón que la Medalla de Honor de la Nacional no es un galardón fortuito, dependiente de unos votos, sino la cifra de una hoja de servicios ilustres, en este caso, a la pintura española. Y al decir española lo decimos abarcando todo el sentido que la interpretación quiera atribuirle. Porque Eugenio Hermoso, pintor, y pintor eminente, es, sobre todo, pintor español y de España, afirmado en sus mejores expresiones y sentimientos raciales. O sea, que para concretar y formular su arte no ha tenido necesidad de torcer en lo más

mínimo ni su vocación ni su técnica. Está ahí, como el primer día, y mejor que el primer día, porque está en la sazón de su personalidad, fragante de color, rico de armonía, sereno de composición, hondo y palpitante de geografía pictórica y, lo que es mejor, si cabe, exuberante de salud artística. No siempre puede alegarse otro tanto de quienes, colmados de resonancias, miméticos de influencias exóticas, sin que esto suponga restarles méritos, han desertado de esa especie de «mística castiza» que, en la revalorización de una personalidad, ha de contar como cualidad distintiva, porque la fidelidad a un estilo típico ya va siendo, en esta hora de confusiones, como un heroísmo—bastante incómodo, como todos los heroísmos—frente a la mudanza—que no otra cosa es la moda—de las estéticas importadas.

Cada país tiene la obligación de mirar y estimular las creaciones que mejor convengan a su propia tradición artística. En el mantenimiento de esta fórmula, con todo el bagaje de innovaciones que dictamine la evolución universal, estriba la formación del arte genuino, peculiar y característico de cada país. En el teatro, Calderón, sin dejar de ser español, revoluciona el acervo dramático del mundo. Más vale, pues, difundir que merecer; enseñar que aprender. Después de todo, la obra de Calderón, impregnada de hondo y alucinante españolismo, no es más que una actitud, genialmente resuelta, contra la influencia exterior. Mejor influir que ser influídos. Y así, Pirandello puede sentar un día que toda la innovación de su técnica escénica—e incluso literaria—le llega directamente de Calderón de la Barca...

Eugenio Hermoso es español desde la raíz de su pintura hasta el claro palpar de su dibujo; desde la lozanía de sus criaturas hasta el tema de sus composiciones; desde la serenidad de su cromatismo hasta el ritmo, mitigado y noble, de esa razón vital que, como un óleo telúrico, se infunde y difunde por toda su obra inesquivable...

Cuando el mundo—el mundo todo, desde el arte a la política—es un crispado pugilato de tendencias sin personalismos, o sea, de personalismos sin personalidad, ya está bien, para sosiego de nues-

tra sed estética, que Eugenio Hermoso haya sido galardonado con la Medalla de Honor de la Nacional. Parece como si, al par que un buen arte, que un arte cuajado y firme, se hubiera querido subrayar, para exaltarlo, todo un patrimonio de rectitudes étnicas que van desde lo nacional a lo universal, desde la unidad al todo, porque la belleza, con ser un hito de trascendencia ecuménica, es, dígame lo que se quiera, un privilegio creacional de pocos; y si esos pocos, como acontece entre nuestros artistas, mantiene sin desmayos el postulado arrebatador de su nacionalismo intransferible, el arte habrá cumplido su misión puntual y exacta.

Y Eugenio Hermoso, repito, es, no sólo un ilustre pintor, sino un pintor español ilustre. Su obra, como una bandera, puede clavarse en la latitud que sea, y siempre, siempre, clamará enardecida su triunfo con la recia y sonora y alucinante voz de su origen preclaro.

* * *

Y ahora, para que el que pueda oír que oiga y el que pueda leer que lea, será oportuno relatar a grandes rasgos, y tomados de cualquier volumen antológico, algunos datos reveladores de la historia artística del magistral pintor español. Por estos datos podrá observarse que Eugenio Hermoso escala la gloria de su nombre y de su prestigio paso a paso, sin titubeos ni zozobras, sino derecha y decididamente, capaz y tenaz, inspirado y convencido. El éxito escolta su carrera con una sumisión que en cualquier país donde no se haya perdido la capacidad de asombro constituiría un legítimo timbre de orgullo.

Nace Eugenio Hermoso en Fregenal de la Sierra (Badajoz) el 26 de febrero de 1883, y apenas en posesión de las primeras letras es dedicado, contra su íntima vocación, todavía no aflorada, a las faenas agrícolas. El origen de sus aficiones pictóricas lo explica él mismo con estas sencillas palabras, que son todo un poema de ingenuidad: «Había tenido yo siempre, sin saber cómo, fervor por el arte, y hacía, como todos los chicos, santos de barro, con los que adornaba los altarcitos que solía hacer y los muebles de mi casa.



Eugenio Hermoso

«La Juma, la Rifa y sus amigas»





Eugenio Hermoso

«El Zagal»

Pronto dejé el barro por el lápiz, y entonces no quedó pared que no ostentara algún muñeco mío. Como algunas personas me animaban, yo seguí trabajando y copiando las muestras que me daban, y así estuvimos hasta que dispusieron mandarme a Sevilla...»

Llega a Sevilla en 1896, recomendado a Virgilio Mattoni—un pintor chiquitito que sólo pintaba cuadros grandes—y a otros profesores de la Escuela de Bellas Artes, donde ingresa en seguida. Estudia tres cursos, desde el segundo pensionado por el Ayuntamiento de Fregenal. En aquellos tres cursos adquiere sólidos conocimientos de Anatomía, de Historia del Arte y, sobre todo, de Dibujo, hasta el extremo de que conquista los tres primeros premios. Jiménez Aranda, que se deleitaba aconsejando al joven discípulo, lo decide para que se traslade a Madrid, lo que hace en 1901. No más llegar se matricula en la Escuela Superior de Pintura. Otros dos cursos de aprendizaje. En el primero gana por oposición el premio de medalla de la clase de Antiguo y Ropaje, y en el segundo, otros dos premios, uno de la clase de dibujo al natural y otro de colorido y composición, además del extraordinario de 500 pesetas Fundación Piquer, que también obtiene en ésta. A la instrucción en las Escuelas sevillana y madrileña—insuperables manantiales de arte—suma después la que supo extraer de los museos Hispalense y del Prado, donde pasa largo tiempo copiando a Murillo, Zurbarán, Greco y Velázquez, y en los de Francia y Bélgica, que visita en 1905; Italia, en 1907; Inglaterra, en 1912, los cuales países recorre, a la vez que sus galerías, y se penetra de sus monumentos, de sus costumbres, de sus paisajes...

Todavía un niño, se presenta por primera vez al público en la Exposición del Círculo de Bellas Artes, de Madrid, de 1902, con un cuadrado titulado «Huérfano». Llama la atención por el realismo, la firmeza del dibujo y la gracia del color. También consigue ser premiado. Desde entonces su camino ha sido fecundo y cierto. En el mismo Círculo, en 1903, obtiene otro premio por tres bellos estudios. En la Nacional de 1904 logra una tercera medalla por «Una niña del pueblo haciendo media», que hoy figura en el Museo de Cádiz. Y ahora viene un detalle muy significativo, fruto del

carácter del ilustre artista: lo pensiona la Diputación de Badajoz con 3.000 pesetas anuales, a las que renuncia a los cuatro años para que las pudiera disfrutar otro principiante. En el Círculo, en 1905, presenta varios lienzos, y en la Nacional del año siguiente hace lo propio, y el titulado «La Juma» constituye la nota culminante. Aunque merecía la primera medalla, se le otorga una segunda, por ser la segunda Exposición Nacional a que concurre y haber ganado tercera medalla en la anterior. En la Nacional de 1908 vuelve a sorprender con otros cuadros, de asuntos extremeños. Se gana otra segunda medalla por «Rosa», magistral retrato de aldeana, adquirido por el Estado para el Museo de Arte Moderno. En la Nacional de 1910 le concede el Gobierno la Encomienda de Alfonso XII por su admirable lienzo «Jugando a la soga», y en el mismo año asiste, especialmente invitado, en unión de Anselmo Miguel Nieto, Benedito, Mezquita y otros, a la internacional de Barcelona, en la que logra una primera medalla. Después muestra sus obras en Chile —centenario de la independencia—, donde «La merendilla» es comprada por aquel Gobierno; en la internacional de Buenos Aires, segunda medalla, por su cuadro «En el colegio». En la universal de Bruselas, tercera medalla, por «Manolita»; en la Nacional de Madrid de 1917, la primera medalla, con «A la fiesta del pueblo», que también figura en el Museo de Arte Moderno, y así, consecuentemente, sin faltar nunca, o casi nunca, hacía esto un tanto ajeno a toda bandería, solo y multitudinariamente acompañado, en la flor ya de una labor henchida de jugo, equilibrada, risueña, fragante y definidora.

Definidora de una técnica sin fallos y definidora de un temperamento refrenado y poético. Porque en Eugenio Hermoso hay, según la fórmula aristotélica, rigor e inspiración, aritmética y numen, como si el compás y la lira, hermanos, lanzaran al mundo inquietante e inquieto de la belleza sus más generosos mensajes.

Contra los que, encastillados en un falso conceptualismo pictórico, más atento a las modas que a los modos, se empeñan en ir con los fariseos del evangelio, que dicen, pero no hacen, hay que lanzar valientemente, sin miedo a rectificaciones, la verdad, que



Eugenio Hermoso

¡A tapar la calle!



Eugenio Hermoso

«Altar»

nos muerde en el fondo de la conciencia : Eugenio Hermoso es un magnífico pintor, dueño de los secretos del dibujo y del colorido, y que sabe, porque puede, infiltrar en sus lienzos todo un código de virtudes raciales, en este caso extremeñas, que van desde la belleza del alma a la autenticidad de las más alegres y emocionadas evocaciones del pintoresquismo popular.

Eugenio Hermoso es natural y fluente. Y, singularmente, sincero. Toda su obra —como toda su vida— es de una lírica sinceridad, mejor aún : de una pictórica sinceridad que deslumbra. Piensa en color, hecho armonía, como pensaron, para gloria de su arte, los maestros de la mejor pintura española.

SERGIO NERVA

